



el cisma griego ó ruso, el protestantismo germánico ó anglicano, el filosofismo de todos los países, ¿qué otra cosa es sino una obstinada y tenaz rebelion contra esta grandísima autoridad, qué es sino un complot de reyes y de pueblos para implantar la anarquía en la religion, y por consiguiente, en la base misma de toda sociedad? ¿Y despues de siglos de marcha, se admira llegar adonde se va! ¡y se reunen en congresos de embajadores ó de sociedades secretas para adivinar de dónde se viene! ¡y se hacen protocolos públicos, artículos secretos para impedir el haber llegado!

Este gran misterio puede resumirse en cuatro artículos:

1.º Todo gobierno anticatólico ó que combate la doctrinal autoridad de la Iglesia católica, apostólica y romana, es, racionalmente ó filosóficamente, un absurdo y una tiranía. Un absurdo, puesto que, despues de haber sentado el principio de que no se está obligado á respetar ninguna autoridad, toda vez que no se está obligado á respetar la mayor, pretende, sin embargo, que hay obligacion de respetar la suya: una tiranía, puesto que obliga á los hombres por la fuerza á someterse á semejante absurdo.

2.º Todo soberano anticatólico ó que tenazmente rechaza la doctrinal autoridad de la Iglesia católica, apostólica y romana, se despoja racionalmente, filosóficamente, él mismo de su soberanía, absuelve filosóficamente él mismo á sus súbditos de todo deber hácia él, se coloca filosóficamente él mismo fuera de la ley. En efecto: todo el que desprecia la mayor autoridad, da filosóficamente derecho á cada uno á despreciar la suya, y filosóficamente merece que se use de este derecho; el absurdo por el cual quisiera evitar esta racional consecuencia, no es un deber filosófico para cada persona. Y no hay otra autoridad sino la misma que el soberano

anticatólico tenazmente desprecia y rechaza, que pueda, sin inconsecuencia, recomendar á los individuos y á los pueblos respetarle todavía y obedecerle en lo que convenga.

3.º Ningun súbdito, ningun pueblo anticatólico puede, sin inconsecuencia, reprobar á su soberano de lo que haga. Porque dispensar á un soberano de someterse á la mayor autoridad, á la Iglesia católica, promulgando é interpretando la ley de Dios, es dispensarle de someterse á cualquiera autoridad, á cualquiera ley, á cualquiera regla; es decirle que no tenga otro derecho que la fuerza, y que pueda legítimamente hacer todo lo que impunemente puede. Tampoco hay otra autoridad que la Iglesia católica que pueda, sin inconsecuencia, reprender á estos reyes y á estos súbditos los excesos que podrian cometer unos contra otros.

4.º La política moderna, que continuamente tiende á sustraerse de la doctrinal autoridad de la Iglesia católica, continuamente aspira á la ruina de toda subordinacion y de toda sociedad, al aniquilamiento de todo derecho y de todo deber, al caos y á la anarquía. Los filósofos que escriben que el estado natural del hombre es el estado salvaje, el estado del bruto; las sociedades secretas que trabajan para conducirnos á este extremo, no hacen más que secundar á los gobiernos, no hacen más que deducir las últimas é inevitables consecuencias de los principios que desde hace siglos los gobiernos toman por regla en sus relaciones con la Iglesia y su jefe.

Con la gravedad del mal, se ve aquí el remedio. Al lado de la horrible anarquía está el lugar de reposo y de tranquilidad, la tierra prometida; no hay que dar más que un paso, y se llega á ella. ¡Pueden algunos nuevos Josués, á ejemplo del antiguo, pasar allí con sus pueblos! Entonces obrarán con inteligencia, entonces Dios estará con ellos.

CAPÍTULO II

Espías de Josué en casa de Rahab.—Orden del dia para el paso del Jordan.—Paso del rio.—Monumentos conmemorativos.—Circuncision del pueblo.—La Pascua.—Desaparicion del maná.—Vision de Josué.—Orden del dia para el sitio de Jericó.—Toma y destruccion de esta ciudad.—Descalabro delante de Hai.—Achan apedreado.—Toma de Hai.—Altar del monte Hebal.—Nueva promulgacion de la ley.—Promesas y amenazas.—Su cumplimiento.—Extratagama de los ga-baonitas.—Condicion del aniquilamiento y de la conservacion de los pueblos cananeos.

En el momento en que el Señor le hizo conocer su voluntad, el Josué de Israel mandó á los príncipes, y por ellos al pueblo, que se proveyeran de víveres, porque despues de tres dias pasarian el Jordan.

Al mismo tiempo, recordó á los guerreros de la tribu de Ruben y de Gad, así como á los de la mitad de la de Manassés, la palabra que habian dado á Moisés de dejar sus mujeres, sus hijos y sus ganados en sus posesiones de este lado del Jordan hácia el Oriente, y de marchar ellos mismos á la cabeza de sus hermanos para conquistar con ellos el país del otro lado de este rio. Respondieron ellos: «Haremos todo lo que nos ha mandado, é iremos adonde nos enviareis. Así como en todo obedecimos á Moisés, del mismo modo te obedeceremos también á tí, solamente que el Señor tu Dios, sea contigo, como fué con Moisés. El que contradijere á tu palabra y no te obedeciere á todas las órdenes que le dieres, muera. Sólo que tú tengas brio y te portes varonilmente (1).»

Se contaban entre ellos cerca de ciento diez mil hombres en estado de llevar las armas. Josué no se puso al frente más que de cuarenta mil.

Habia enviado espías al otro lado del Jordan, para examinar el país y la ciudad de Jericó. Entraron en casa de una mesonera de la ciudad, que se llamaba Rahab. Al punto se dió aviso al rey de Jericó, que envió á decirle que les pusiese en sus manos; pero les ocultó en el

sobrado de su casa, cubriéndoles con tasco de lino que allí habia, y respondió que habian salido de la ciudad antes que se cerrasen las puertas; que fueran en su seguimiento y les alcanzarian. Antes que sus huéspedes se entregasen al sueño, subió adonde estaban, y les dijo que sabia que el Eterno habia dado á los israelitas esta tierra; que habia embargado el terror á los habitantes, y que estaban perdidos: «hemos oido cómo el Eterno ha desecado el mar Rojo ante vosotros cuando salisteis de Egipto, y lo que habeis hecho á los dos reyes de los amorreos al otro lado del Jordan, Sehon y Og, que habeis dado muerte; lo hemos oido, y nuestro corazon está lleno de pavor, y ninguno tiene valor á vuestra aproximacion, porque el Eterno, vuestro Dios, es el Dios que reina en lo alto del cielo y aquí abajo en la tierra. Ahora, pues, juradme por el Eterno que, como he usado con vosotros de misericordia, así también vosotros usareis de ella con la casa de mi padre, y que me dareis una segura señal, á fin de que salveis á mi padre y á mi madre, á mis hermanos y hermanas, y todo lo que les pertenece, y que nos librareis de la muerte.» Ellos lo juraron y la dieron por señal un cordon de grana, por el cual les hizo descender de su casa, que estaba apoyada sobre la muralla de la ciudad. A la llegada de los israelitas debia colgar esta cuerda de la ventana, y reunirse todos los suyos en su casa con ella. Por esto serian salvados. Los espías huyeron de esta suerte, despues de haberse retirado á los montes segun el consejo de Rahab, y estuvieron ocultos allí durante tres dias, hasta que los

(1) Josué, 1, 10-18.



hombres enviados en su persecucion hubiesen dado la vuelta. Llevaron, pues, al campamento felices nuevas; contaron á Josué lo que habia sucedido, y dijeron: «El Señor ha puesto en nuestras manos toda esta tierra, y todos sus habitantes están poseidos de temor (1).»

Desde Setim, en el país de Moab, Josué llegó al Jordan con todo Israel. Allí los pregones pasaron á través del campamento y mandaban al pueblo: «Luego que viéreis el arca de la alianza del Eterno vuestro Dios, y los sacerdotes de la tribu de Leví que la llevan, levantaos tambien vosotros é id siguiendo á los que fueren delante. Y haya entre vosotros y el arca el espacio de dos mil codos, para que la podais ver de lejos y saber el camino por donde habeis de ir, por cuanto no habeis andado antes por él, y guardaos que no os acerqueis al arca.» Y Josué dijo al pueblo: «Santificaos, porque mañana hará el Señor maravillas entre vosotros.» Y dijo á los sacerdotes: «Tomad el arca de la alianza é id delante del pueblo.» Los cuales, haciendo lo que se les mandó, tomaronla y fueron delante de ellos. Y dijo el Señor á Josué: «Hoy comenzaré á ensalzarte á vista de todo Israel, para que sepan que así como fui con Moisés, así soy tambien contigo. Y tú manda á los sacerdotes que llevan el arca de la alianza, y díles: Luego que hubiéreis entrado en una parte de las aguas del Jordan, paraos allí.» Y dijo Josué á los hijos de Israel: «Llegaos acá y oid las palabras del Señor Dios vuestro.» Y añadió: «En esto conoceréis que el Señor, el Dios viviente, está en medio de vosotros, y que exterminará delante de vosotros al cananeo y al hetheo, al heveo y al fereceo, al gergeseo tambien y al jebuseo y al amorreo. Hé aquí que el arca de la alianza del Señor de toda la tierra, irá delante de vosotros por el Jordan. Tened prontos doce hombres de las tribus de Israel, uno de cada tribu. Y luego que los sacerdotes que llevan el arca del Señor de toda la tierra hubieren asentado las plantas de sus piés en las aguas del Jordan, las aguas que hay de la parte de abajo seguirán su corriente y llegarán á faltar, y las que vienen de arriba se pararán en un

(1) Josué, 2.

monton.» Salió, pues, el pueblo de sus tiendas para pasar el Jordan, y los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza caminaban delante de él. Y cuando estos entraron en el Jordan, y se mojaron sus piés en parte del agua (pues el Jordan habia cubierto sus orillas por ser el tiempo de la siega), las aguas que venian de arriba se pararon en un lugar, é hinchándose á manera de un monte, se descubrian de lejos, desde la ciudad que se llama Edom hasta el lugar de Sarthan, un espacio de cerca de quince leguas, y las de abajo fueron descendiendo al mar del desierto (que ahora se llama Muerto), hasta que faltaron enteramente. El pueblo caminaba hácia Jericó, teniendo á su cabeza los cuarenta mil hombres de las tribus de Ruben, de Gad y de Manassés. Los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza del Señor estaban sobre la tierra seca en medio del Jordan, y todo el pueblo pasaba por el rio á pié enjuto.

El Jordan tiene su origen en las montañas del Líbano, atraviesa el lago Merom, despues el lago de Genesareth, por otro nombre mar de Galilea ó de Tiberiades, y se pierde en el mar Muerto. Su curso es de cerca de cincuenta leguas. Segun el testimonio de todos los viajeros, es extraordinariamente rápido y profundo. No hay más que algunos parajes vadeables durante una parte del año. En la época de los calores, se desborda, engrosado por las nieves fundidas del Líbano. Por el lugar donde le pasaron los israelitas, han calculado algunos viajeros que tiene unos sesenta piés la anchura de su álveo (1); otro, que tiene una gran reputacion de sinceridad y de exactitud, le valúa en noventa piés (2); lo que daría un término medio de setenta y cinco piés. Pero en sus mayores desbordamientos, con una rapidez más impetuosa, podia presentar una extension de agua de quince á veinte veces más considerable. En uno de estos momentos fué cuando los hebreos le pasaron á pié enjuto.

Para perpetuar el recuerdo de este prodigio, y segun la orden de Dios, transmitida por Josué, doce israelitas, uno de cada tribu, tomaron do-

(1) Maund, Morison.
(2) Shaw.



ce piedras de en medio del Jordan, del lugar mismo en donde estaban de pié los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza, las pusieron sobre sus hombros y las colocaron en el lugar donde levantaron el campamento. Josué colocó tambien doce piedras en medio del Jordan, en el lugar en donde se habian parado los sacerdotes que llevaban el arca. Porque quedaron en medio del rio hasta que todo el pueblo hubo pasado.

En este dia el Eterno engrandeció á Josué á los ojos de todo Israel; y le temieron como habian temido á Moisés durante todos los dias de su vida. Y el Eterno dijo á Josué: «Manda á los sacerdotes que llevan el arca de la alianza que suban del Jordan.» Y les mandó, diciendo: «Subid del Jordan.» Y luego que subieron llevando el arca de la alianza del Señor y comenzaron á pisar la tierra seca, volvieron las aguas á su madre y corrieron como solian antes. Era el décimo dia del primer mes cuando el pueblo atravesó el Jordan, y acamparon en Gálgala, á la parte oriental de la ciudad de Jericó. Y Josué colocó tambien las doce piedras que habian tomado del fondo del Jordan, y dijo á los hijos de Israel: «Cuando preguntaren el dia de mañana vuestros hijos á sus padres, y les dijeren: ¿Qué quieren decir estas piedras? les instruireis y direis: A pié enjuto atravesó Israel este Jordan, habiendo el Señor Dios vuestro secado sus aguas á vuestra vista hasta que pasáseis, así como lo habia hecho antes en el mar Rojo, que le secó hasta que pasásemos, á fin de que todos los pueblos de la tierra reconozcan que es muy fuerte la mano del Señor, y vosotros tambien temais al Señor Dios vuestro en todo tiempo (1).»

El paso milagroso de los israelitas á través del Jordan aumentó todavía más el espanto que ya les habia precedido, y los reyes del país se consideraron perdidos. En esta época, todos los que habian nacido durante el viaje por el desierto fueron circuncidados en el mismo dia. Durante la marcha no habia podido tener lugar la circuncision, porque no se sabia el tiempo que se permanecería en un mismo lugar.

(1) Josué, 4.

Esta circuncision en un mismo dia de todo el pueblo, recordaba la primera circuncision de Abraham y de todo su pueblo, hecha igualmente en un mismo dia. Tambien se celebró la Pascua en las llanuras de Jericó; y el pan sin levadura que en ella se comió, segun la ley, era del trigo de la comarca. Lo que sobre todo hubo de notable, es que al dia siguiente del en que comieron los hijos de Israel frutos de la tierra prometida, el maná, que les habia alimentado durante cuarenta años en el desierto, cesó, y no cayó más. En cuanto á la columna de nube, que durante el mismo tiempo les habia servido de guia, se cree que les abandonó tambien desde el otro lado del Jordan, cuando hubieron conquistado los reinos de Hesebon y Basan.

Y sucedió que estando Josué cerca de Jericó, levantó los ojos y vió á un hombre puesto en pié delante de él, con una espada desenvainada. Josué fué hácia él y le dijo: «¿Eres tú de los nuestros ó de los enemigos?» El cual respondió: «No; mas soy el jefe del ejército del Señor, y ahora vengo.» Josué postróse en tierra sobre su rostro, y adorando, dijo: «¿Qué es lo que mi Señor habla á su siervo?» «Quita, le respondió, tu calzado de tus piés, porque el lugar en que estás santo es.» Y Josué hizo lo que le habia mandado el jefe del ejército de Jehová.

Ahora bien: Jericó, ciudad fuerte, estaba cerrada y guardada con cuidado, temiendo á la terrible y extraña nacion que acampaba en sus inmediaciones.

El Eterno dijo, pues, á Josué: «Mira que he puesto en tu mano á Jericó y á su rey y á todos sus campeones. Dad vuelta á la ciudad todos los hombres de armas una vez al dia y así lo hareis por seis dias; pero en el sétimo, tomen los sacerdotes las siete trompetas que sirven en el jubileo, y vayan delante del arca de la alianza, y dareis siete vueltas á la ciudad, y los sacerdotes tocarán las trompetas. Y cuando sonare la voz de la trompeta, más prolongada é interrumpida, é hiriere en vuestros oidos, todo el pueblo gritará á una en voz muy alta, y caerán los muros de la ciudad hasta los cimientos, y cada uno entrará por aquella parte que tuviere delante de sí.»



¿Quién es este misterioso personaje, que se llama el jefe de los ejércitos del Señor, que permite que se le adore, que consagra un lugar por su sola presencia? ¿Es el mismo que se apareció á Moisés en la zarza ardiendo, que, allí como aquí, manda quitar el calzado? ¿Es el mismo que en el profeta del Nuevo Testamento se llama el Fiel y la Verdad, que juzga y pelea justamente, que tiene sobre su cabeza muchas diademas, está vestido con un traje teñido de sangre; el que se llama el Verbo de Dios, á quien siguen los celestiales ejércitos, de cuya boca sale una espada de dos filos, para herir con ella á las naciones que él gobernará con un cetro de hierro; que, por último, lleva escrito sobre su vestido y sobre su muslo: «El Rey de los reyes y el Señor de los señores (1)»? Se puede creer, porque la Escritura así lo dice.

El hijo de Nun llamó, pues, á los sacerdotes, y les dijo: «Tomad el arca de la alianza, y otros siete sacerdotes tomen las siete trompetas del jubileo, delante del arca de Jehová.» Dijo asimismo al pueblo: «Id y dad vuelta á la ciudad, armados, yendo delante del arca de la alianza del Señor.» Y luego que Josué acabó de hablar, y los siete sacerdotes tocaron las siete trompetas delante del arca de la alianza del Señor, y todo el ejército armado iba delante, el resto de la gente iba detrás del arca, y por todas partes resonaban las trompetas. Mas Josué había dado una orden al pueblo, diciendo: «No gritareis, ni se oirá vuestra voz, ni saldrá una sola palabra de vuestra boca, hasta que llegue el día en que os diga: Clamad y dad voces.» Dió, pues, vuelta el arca del Señor á la ciudad una vez al día, y habiendo vuelto al campamento, reposó allí. Y levantándose Josué de noche, los sacerdotes tomaron el arca del Señor, y siete de ellos las siete trompetas de que usan en el jubileo, é iban delante del arca del Señor, andando y tocando las trompetas; y el pueblo armado iba delante de ellos, mas el resto de la gente seguía el arca, y resonaban las trompetas. Y dieron una vez vuelta á la ciudad el segundo día, y se volvieron al campamento. Así lo hicieron por seis días. Mas el

(1) Apocal., 19.

dia sétimo, levantándose muy de mañana, dieron siete vueltas á la ciudad, como estaba ordenado. Y como en la sétima vuelta tocasen los sacerdotes las trompetas, dijo Josué á todo Israel: «Alzad el grito, porque el Señor os ha entregado la ciudad.» Y así, levantando el grito todo el pueblo, y sonando las trompetas, luego que llegó la voz y el sonido á los oídos de la muchedumbre, cayeron los muros en el mismo momento, y subió cada uno por el lugar que tenía delante de sí y tomaron la ciudad. Todo fué pasado á filo de espada: hombres, mujeres, niños, ancianos; también los bueyes, las ovejas y los asnos. Solamente Rahab, que, según la orden de Josué, había sido sacada de su casa por los dos hombres que ella había hospedado, fué salvada con su padre, su madre, sus hermanos, toda la familia y sus bienes, y colocada fuera del campamento. Entonces Josué fulminó esta imprecación, diciendo: «Maldito sea delante del Eterno el varón que levantara y reedificara la ciudad de Jericó. Muera su primogénito cuando eche sus cimientos, y perezca el postrero de sus hijos cuando le pongan las puertas.» El Eterno, pues, fué con Josué, y su nombre se divulgó por toda la tierra (1).

Desde Jericó envió dos exploradores hácia Haï, al Nordeste. Contaron que no era necesaria mucha gente para apoderarse de la ciudad. Josué hizo marchar cerca de tres mil hombres que fueron batidos por los guerreros de Haï, y puestos en fuga después de haber perdido treinta y seis hombres. El pueblo se consternó; su corazón se liquidó como agua, según la energía oriental del texto. Josué rasgó sus vestidos, y estuvo postrado en tierra delante del arca del Señor hasta la tarde, tanto él como todos los ancianos de Israel, y echaron polvo sobre sus cabezas, y dijo Josué: «¡Ah! ¡Adonái Jehová! ¿por qué quisiste hacer que pasase este pueblo el Jordán, para ponernos en manos del Amorrheo y destruirnos? ¡Ojalá nos hubiéramos quedado al otro lado del Jordán, como comenzamos! ¡Oh Adonái! ¿qué diré viendo á Israel volver las espaldas á sus enemigos? Lo oirán los cananeos y todos los habitantes de la

(1) Josué, 6.



tierra; y apiñados nos cercarán y borrarán nuestro nombre de la tierra. ¿Y qué harás de tu gran nombre?»

Entonces Dios le hizo conocer que Israel había pecado y se había apropiado alguna cosa del anatema. El sétimo día de la marcha solemnemente al rededor de los muros de Jericó, un momento antes del último sonido de las trompetas, Josué había mandado al pueblo pasar á filo de espada á todos los habitantes, á excepción de Rahab y de los suyos, y de quemar la ciudad con todo lo que en ella había. Solamente el oro y la plata, el cobre y el hierro, debían ser consagrados al Eterno y depositados en sus tesoros. Habiendo un hombre obrado contra esta orden, Dios mandó á Josué anunciar al pueblo que había un anatema en Israel, y que mientras no se hubiera quitado de en medio de ellos, les sería imposible resistir á sus enemigos. Todo el que se encontrare culpable de este anatema, será castigado de muerte. Entonces las tribus se presentaron en suerte, y la suerte cayó sobre la familia de Zaré; y entre los hombres de esta casa, recayó sobre Achan. Josué le dijo: «Hijo mio, da gloria al Señor Dios de Israel; confiesa y manifiéstame lo que has hecho, no lo encubras.» Achan respondió á Josué: «Verdaderamente yo he pecado contra el Señor Dios de Israel, y he hecho esto. Vi entre los despojos una rica capa de Senaar, con doscientos siclos de plata y una regla de oro de cincuenta siclos; y llevado de codicia, lo tomé y escondí debajo de la tierra en medio de mi tienda, y cubrí el dinero con tierra que cavé.» Josué, pues, envió á sus criados, los cuales encontraron los efectos como Achan había dicho; los llevaron á Josué y los arrojaron delante del Señor. Entonces Josué, acompañado de los israelitas, condujo á Achan con sus hijos, sus hijas, sus ganados y todo lo que era de él, así como las cosas sometidas al anatema, en el valle de Achor, en donde fueron apedreados y consumidos por las llamas (1).

Si, como parece los, hijos fueron castigados por esta circunstancia con su padre, es porque

(1) Josué, 7.

tuvieron conocimiento de su crimen y le ayudaron á ocultarlo en su tienda comun. Dios había expresamente declarado en su ley: «Los padres no perecerán por los hijos, ni los hijos por los padres, sino que cada uno morirá por su pecado (1).»

Según la orden de Dios, Josué marchó sobre Hai y usó de estrategia. Envío algunos miles de hombres que se emboscaron á espaldas de la ciudad, y después con el resto de su escogido ejército, fué á presentarse delante, á alguna distancia de las murallas. Cuando vió esto el rey de Hai, apresuróse á salir de mañana con todo el ejército que había en la ciudad y encaminó sus tropas hácia el desierto, sin saber que dejaba una celada á las espaldas. Mas Josué y todo Israel fueron cediendo el terreno, fingiendo miedo y que huían por el camino del desierto. Sus enemigos les persiguieron, dando gritos y alentándose los unos á los otros. Ya estaban lejos de la ciudad, sin que hubiera quedado ni siquiera uno, cuando Josué alzó su broquel, según otros, su lanza, hácia Hai. Salieron al punto los que estaban ocultos en la emboscada; y encaminándose hácia la ciudad, tomáronla y la incendiaron. Mas los hombres que habían perseguido á Josué, mirando atrás y viendo el humo de la ciudad que subía hasta el cielo, no pudieron ya huir ni á una parte ni á otra, atacados á la vez por los que habían simulado huir y por los que acababan de tomar la ciudad, no se salvó uno solo. El rey fué hecho prisionero, presentado á Josué, y suspendido en una cruz hasta la noche, siendo arrojado su cadáver á la entrada de la ciudad, bajo un montón de piedras. Hubo doce mil muertos en aquel día, entre hombres y mujeres, todos de la ciudad de Hai. Los ganados y lo restante del botín fueron repartidos según la orden que había sido dada (2).

Después de esta expedición, fué cuando Josué ejecutó otro mandamiento del Eterno. Se edificó un altar en el monte Hebal, según Moisés lo había prescrito, y sobre él ofreció holo-

(1) Deut., 24, 16.

(2) Josué, 8, 1-29.